

cosas, creemos que su muerte ha sido efecto natural de su enfermedad.»

Numeriano heredó el título de Augusto que su hermano Carino tomó también en Roma, y el ejército, abandonando sus conquistas, volvió á las provincias.

El joven emperador Numeriano, de carácter blando y pensativo, prefería soñar en sus versos que añadir nuevas hazañas á las de su padre. Su constitución era tan delicada que no había podido sufrir las fatigas de esta expedición: el sol y la arena abrasadora del desierto le habían causado una oftalmía que lo obligaba á vivir en la oscuridad, sin poder salir de su tienda ó de su litera; de modo que los soldados se acostumbraron á no verlo. Así se atravesó lentamente la Mesopotamia, las provincias sirias y el Asia Menor, mandando el ejército el prefecto del pretorio Aper, suegro de Numeriano.

A principios de setiembre llegaron á orillas del Bósforo, y una parte del ejército había pasado ya el estrecho cuando corrió la voz de que Numeriano había muerto. Corrieron los soldados á su tienda y encontraron un cadáver de muchos días.

Este secreto guardado tanto tiempo dirige las sospechas contra el que tenía el deber de revelarlo desde el primer momento. Rodean á Aper, lo acusan de ser el asesino de su yerno y lo cargan de cadenas, y los generales reunidos en

Calcedonia, en la orilla asiática, se constituyen en tribunal para juzgar al asesino, cuyo crimen nadie pone en duda.

Antes del juicio eligen á uno de ellos por jefe, al hijo de un antiguo esclavo, á un soldado de fortuna, al conde de los domésticos (1), Diocleciano; pero hombre también, que debía ser un capitán distinguido, cuando sin competencias, ni intrigas, ni intervención de la soldadesca era elegido por sus compañeros de armas.

Diocleciano pues sube al tribunal, jura por el Sol, dios que todo lo ve, hasta los pensamientos más recónditos, que no ha tenido la menor intervención en aquel crimen ni ha deseado el imperio. Y volviéndose luego hacia Aper, exclama: «¡He aquí el asesino!» Y le hunde la espada en el corazón, como el sacerdote que inmola la víctima consagrada á los dioses infernales. Juez supremo, [había pronunciado la sentencia; soldado, la ejecutaba (17 setiembre 284).

Diocleciano es emperador. Va á abrirse una nueva era: ha terminado la historia de Roma republicana é imperial y comienza la del Bajo Imperio.



M. Aurelio Carino coronado de laurel, con el paludamentum y la coraza

CAPÍTULO XCIX

DIOCLECIANO.—GUERRAS Y GOBIERNO

I. — DIOCLECIANO Y MAXIMIANO Ó LA DIARQUÍA (284-293)

Diocleciano, que después de su advenimiento, dió á su nombre griego una desinencia romana y más sonora, *Diocletianus* (2), era un dálmata de las cercanías de Escutari, cuyo padre había sido esclavo. Habiendo entrado joven en el servicio, hubo de llamar la atención de sus jefes, menos por acciones ruidosas, que por su ingenio penetrante y despejado, que encontraba siempre la medida más exacta que tomar y los mejores medios de ejecutarla. A la muerte de Claudio el Gótico, tenía veinticinco años, la edad más á propósito para

aprovechar las lecciones de la grande escuela militar de Aureliano y de Probo.



Diocleciano (3)

(1) *Domesticos regens* (Vopisco, *Numer.* 13). Los domésticos que se encuentran ya mencionados en tiempo de Caracalla eran compañías de guardias imperiales, y sus jefes tomaban naturalmente la autoridad y el rango que les daba la confianza del príncipe, cuya vida estaba en sus manos. Una inscripción encontrada en Nicomedia menciona á un guardia del cuerpo de los Protectores, *protectores divini lateris*, en el reinado de Aureliano. C. I. L. III, 327. Otra inscripción nombra al jefe de esta guardia, que fué cónsul en 261 (Perrot, *La Galatie*, t. I, p. 6). En una inscripción de Claudio II se menciona también á los protectores (*Bull. épigr.* n.º 1, p. 5).

(2) Su nombre en las inscripciones es: C (ó M) *Aurelio Valerio*

En aquellos perturbados tiempos los adelantos eran rápidos y él llegó con brevedad á los grados superiores: fué cónsul sustituido, gobernador de la Mesia y conde de los domésticos, puesto de confianza que lo ponía muy alto en la escala jerárquica. Para hacer creer que matando por su mano á Aper, había ejecutado un decreto del cielo, contaba Diocleciano que una druidesa de Tongres en la Bélgica, le había prometido que sería emperador cuando hubiera derribado un jabalí. «Desde entonces, decía, he buscado jabalíes por todas partes y matado muchos; pero otros se los comían.»

En efecto, Aureliano, Probo, Tácito, Caro tomaban el poder supremo y él quedaba en filas. El 17 de setiembre el jabalí fatal (4) caía, en fin, al filo de su espada, y el hijo del esclavo dálmata era emperador.

Los escasos documentos que poseemos referentes á Diocleciano no dan esos detalles íntimos que permiten penetrar hasta el fondo del alma de los personajes de la historia. Sin embargo, á pesar de los vacíos y oscuridades se entrevé que fué más que un soldado de fortuna. Pero este advenedizo no salía de ninguna de aquellas ricas é inteli-

Diocleciano (Wilmanns, 769 y 824). Nació en 245, en *Doclea* de Dalmacia, cerca de Podgoritz, al pie del Montenegro. A su advenimiento no tenía más que treinta y nueve años.

(3) Busto laureado con coraza y égida. Medallón de bronce.

(4) *Aper* es en latín el nombre del jabalí. Se ha creído que con el precipitado asesinato de Aper, quiso prevenir Diocleciano revelaciones que lo comprometían, pues conde de los domésticos, encargado de la guardia del soberano, había debido saber lo que pasaba en la tienda de Numeriano. Pero como suegro del príncipe, como prefecto del pretorio, Aper tenía autoridad superior que le permitía separar á los que hubieran podido estorbar sus designios.

gentes ciudades, en que los Antoninos habían aprendido las elegancias de la sociedad romana: así, no teniendo su distinción natural ó adquirida para mantener á distancia la multitud, se rodeó de pompas solemnes y frías, reguladas por la más severa etiqueta. En las artes, estará por las construcciones macizas, por la pesada ornamentación de las épocas de decadencia, y mientras la *villa* de Adriano en Tibur nos ha conservado muchas obras maestras, del palacio de Diocleciano en Salona, vasto amontonamiento de mármol, de granito, de pórfido, no nos ha quedado ninguna.

Al parecer tuvo mejor gusto para las letras. Consta que dotó á Nicomedia de una escuela de enseñanza superior, á la que llamó á Lactancio, el más elocuente de los retóricos de su tiempo; que dispensó á los estudiantes hasta los veinticinco años de edad de los cargos municipales; que tomó por modelo á Marco Antonino el Filósofo, hombre más grande que él, pero no tan buen príncipe; que hizo, en fin, redactar biografías de emperadores.

Por desgracia, las lecciones que tomó de la historia, bien que revelándole las verdaderas necesidades del gobierno, no le enseñaron cosa de dulzura: será implacable con las insurrecciones armadas, y aun con las que no lo sean; y si tuvo en su retiro mucha filosofía práctica, parece que no tuvo nunca gran curiosidad de espíritu: en Salona, su jardín lo ocupará más que los libros. Su religión era la del campesino: para sus enfermedades un dios curandero; para su fortuna, un dios protector, Júpiter, y la voz de los oráculos, mejor escuchada en ciertos casos que la voz de la sabiduría humana.

Pero poseyó las cualidades que hacen al príncipe: el conocimiento de los hombres, la inteligencia de las necesidades del Estado y el firme propósito de entregarse en cuerpo y alma y sin descanso á la gestión del gobierno. Podría imaginarse que este creador de la corte bizantina fué un afeminado; pero tuvo para las provincias, las fronteras y los ejércitos la viril solicitud de Adriano: como este infatigable viajero, estará constantemente en los grandes caminos del imperio; pesará maduramente sus designios; los formará de lejos para tener tiempo de asegurar el éxito y ejecutará con energía lo que la prudencia haya preparado.

Su busto del Capitolio revela bien esta paciente y firme tenacidad: en esa frente amplia y cuadrada, en ese tranquilo y frío semblante, se reconoce al hombre dueño de sí mismo, lo que es la primera condición para llegar á ser dueño de los demás.

Lactancio lo acusa de cobardía y avaricia. Singular acusación dirigida al soldado que había conquistado todos sus grados y honores en el campo de batalla y al príncipe económico que fué el más fastuoso de los emperadores sólo porque creyó necesario este fausto á la monarquía que fundaba. No creeremos más á Lampridio cuando lo llama el «Padre del siglo de oro»: el siglo IV no tiene ningún derecho á este título. La historia de su reinado, que salvo cierto momento, dió á la sociedad romana una larga paz interior y al imperio cuarenta años de seguridad, nos lo hará conocer mejor que las sospechosas palabras de sus enemigos y de sus aduladores.

Elegido por el ejército de Oriente, tenía Diocleciano un peligroso competidor, Carino, que orgulloso de un brillante triunfo contra los yaciges, no estaba por abandonar la herencia de su padre. Pero aborrecido por el senado (1),

(1) Carino había dicho un día á la plebe de Roma que los bienes de los senadores le pertenecían, porque ella era el verdadero pueblo romano (*Hist. Aug.*, Carin. I).

cosa de poca importancia, en verdad, Carino, como tan vicioso, era despreciado por los rudos compañeros de armas de los últimos príncipes, y temido por los soldados, en razón de su crueldad: esta desafección del ejército era grave para un príncipe que tenía que combatir á un competidor.

Por ambas partes se invirtieron muchos meses en preparar la lucha. Carino derribó primero á Juliano, gobernador de la Venecia, que había tomado la púrpura, y obtuvo algunas ventajas sobre la vanguardia de Diocleciano.

En marzo ó abril de 285, se encontraron en fin los dos ejércitos para la batalla decisiva, en Margo, á orillas del Morava, no lejos de la confluencia de este río con el Danubio. Como siempre, las legiones asiáticas cedieron al choque de las europeas; pero Carino murió al filo de la espada de uno de sus oficiales, á cuya esposa había deshonrado el príncipe libertino.

Esta muerte parece haber sido para todo el mundo una liberación. Por parte del vencedor, nada de confiscaciones ni destierros: cada cual hubo de conservar su puesto, hasta los prefectos de la ciudad y del pretorio; y todavía tomó Diocleciano á uno de ellos por colega en el consulado. Es de creer que se había establecido antes de la batalla una secreta inteligencia y que los oficiales del emperador de Occidente lo habían vendido á su competidor. Eutropio dice que se le hizo traición, ó á lo menos se le abandonó á última hora.

Lo mismo sucederá en los ejércitos de Vetranión, de Magnencio, de Máximo y de Eugenio, defecciones probablemente preparadas por el oro de Constancio y de Teodosio. En aquel tiempo en que Roma no tenía ya por soldados más que mercenarios, la mejor máquina de guerra era un arca bien provista de caudales.

Esta gran conmoción había quebrantado el imperio, reanimado á los bárbaros y disminuido la fidelidad de los súbditos que Roma protegía mal y el fisco arruinaba. Los impuestos eran pesados de suyo y por la penuria de los recursos de la producción (2) Lo que hemos dicho de las miserias de la industria, del comercio y de la agricultura, de la desaparición de los pequeños propietarios, del abandono de los campos, aun en las regiones más feraces, hace comprender que en medio de aquellas poblaciones embrutecidas por la desgracia, *Gallias efferatas injuriis*, hubieran estallado insurrecciones. La de los bagaudos (3) fué un momento formidable: esclavos fugitivos, colonos apremiados por sus amos, campesinos sin hogar, deudores insolventes, todos los perdidos se hicieron bandoleros y acabaron por formar un ejército que eligió dos Césares, Eliano y Amando (285).

(2) César no había pedido á los galos más que cuarenta millones de sestericios, unos diez millones de francos: era una carga que por su propio interés quería hacer ligera. Cuando Augusto reorganizó el imperio, exigió de la Galia el mismo tributo, *plus minusve*, que de Egipto, 12.500 talentos (Vel. Pater. II, 39, y Estrabón XVII, 1, 13), ó cerca de setenta millones de francos. Savigny cree que en tiempo de Constantino, el tributo montaba á un quintuplo (Marquardt, *Handb.* II, 288).

(3) Según Ducange, *bagaud* en lengua céltica significa *banda*, partida. Campesinos galos se habían mezclado ya en los tumultos de la soldadesca desde el tiempo de Tétrico (Eumenes, *Funeq. veter.* VII, 4). Durante 20 años (254-274), la Galia estuvo entregada á las devastaciones de los bárbaros y de la guerra civil.

Poseemos monedas de aquellos emperadores de bandidos y en el reverso de una de ellas se lee la palabra *Spes*, esperanza. Haciéndose de todo un arma, se arrojaron, con el salvaje ardor de los malos instintos, cuando están desechados, sobre las ciudades y villajos abiertos llevándolo todo a sangre y fuego. Autun, en otro tiempo orgullo de la Galia, fué por segunda vez devastada. Los jefes de los bandidos suelen ser populares, pues la guerra que hacen á los ricos parece á los pobres un acto de legítimas represalias; y los bagaudos quedaron en la memoria del pueblo como los defensores de los desgraciados. Hasta una tradición que se formó en los siglos siguientes supuso que la *Bagauda* había sido una insurrección cristiana (1). No hubiera sido extraño que entraran cristianos en sus filas, como se encontraron en las bandas góticas que hicieron estragos en el Asia Menor. ¿No eran ellos también oprimidos? Y el espíritu de venganza, prohibido á los santos, ¿no podía haber armado contra una sociedad que los trataba cruelmente á los que tenían más cólera que resignación (2)?

Mientras el Norte de la Galia estaba en llamas, los sajones recorrían el mar del Norte y la Mancha, cuyas costas asolaban; los francos se agitaban en el Rin, otros germanos en el Danubio, los moros en el Africa, los persas allende el Tigris; toda la línea de las fronteras estaba amenazada y el imperio vacilaba. Diocleciano invirtió espacio de doce años en fortalecer la base del quebrantado coloso.

Había visto á los príncipes más valerosos, á los salvadores del imperio caer degollados á manos de sus soldados, y á otros, víctimas de las maquinaciones de sus generales: las violencias de la soldadesca, las traiciones de los ambiciosos y los ataques de afuera eran los tres peligros que era necesario y urgente conjurar. Si para llegar al supremo poder no había que derribar más que un hombre, muchos aun intentarían la aventura; pero sería difícil derribar dos emperadores á la vez, y esta dificultad debía contener á los

(1) Esta tradición se encuentra en la *Vida de San Babolino* y en las Actas de los mártires de la legión tebana, que hubo de ordenar Maximiano. La leyenda relativa á la legión tebana debe ir á reunirse con la de la legión fulminante, que se propagó en tiempo de Marco Aurelio. El silencio de Eusebio y de Lactancio, dos contemporáneos, de San Ambrosio, de Sulpicio Severo, de Orosio, etc., y los hechos extraños, los errores materiales que se encuentran en aquellas famosas actas, han hecho que la crítica las rechace justamente. Son un fraude piadoso é inconsciente que tuvo sin duda por punto de partida algunos hechos aislados de insubordinación militar, como la del soldado de que habla Tertuliano en su tratado de *Corona*. Los mártires eran la gloria de la Iglesia; después del triunfo del cristianismo, cada ciudad quiso un santo que hubiera sido degollado dentro de sus muros y para muchos estaba justificada esta pretensión. No creemos en la degollación de los seis mil hombres de la legión tebana, ni menos en la de los mil seiscientos soldados, inmolados en Mitilene con San Andrés; pero la persecución del año 303 fué precedida de una depuración del ejército, y oficiales, como Mauricio en el Valais y Victor en Marsella, pudieron dar su vida por su fe. Se ha registrado una persecución en la Galia, en 286, y Teofanes en su *Cronografía* apunta otra en 287, que habría sido μέγαν καὶ φηροδίστατον. Pero Teofanes escribió á principios del siglo IX, y la conducta de Diocleciano con el cristianismo hasta 303 está muy claramente expuesta por Eusebio, obispo contemporáneo, para que pueda admitirse que Maximiano, tan dócil para con su colega, se atreviera á contrariar sobre este punto las miras del príncipe que dirigía la política general del imperio. Tillemont, que en el tomo V de sus *Memorias eclesiásticas* recuerda los nombres de aquellos mártires, que admiten los Bolandistas y Fleury, tiene muchas vacilaciones y reticencias respecto de sus actas. A propósito de las de San Andrés, dice en la página 9: «Si tienen algo de verdad.»

(2) A mediados del siglo segundo el cristianismo no tenía en Galia más que la escasa pero fervorosa comunidad de Lyon. La gran misión organizada un siglo después, fundó cristiandades en Arles, Narbona, Tolosa, Limoges, Clermont, Tours y París, que prosperaron después del edicto de tolerancia promulgado por Galieno en 260.

impacientes. En interés del imperio y de sí mismo, tenía pues Diocleciano necesidad de un colega, que no teniendo ya ambición, le ayudaría á contener la de los otros, al mismo tiempo que él tendría á raya á los bárbaros.

Desde el primer siglo del imperio se había reconocido esta necesidad: Pisón fué adoptado por Galba, Trajano por Nerva; en tiempo de Marco Aurelio, de Severo, de los Gordianos, de Valeriano, de Caro (3), se habían visto muchos emperadores á la vez, y la historia de los *Treinta Tiranos*, que Diocleciano se hacía referir, le había enseñado que envejeciendo el imperio, estaba expuesto á demasiados peligros para que una sola mano pudiera parar todos los golpes.

Era la solución del porvenir, la que imponía la geografía misma, que es una gran fuerza; por la división natural del imperio en dos mitades, una griega y otra latina; por la flaqueza, en fin, de un Estado, que no sabiendo ya conquistar, estaba reducido á defenderse. Rodeado de bárbaros, que no había querido someter y civilizar en tiempo de su gran poderío, quedaba como una presa en medio de lobos devoradores. Había llegado pues el tiempo de organizar una vigorosa defensiva, haciendo premiosa y ejecutiva en todas las provincias la acción imperial por medio de la división del poder.

En cuanto á los legionarios rebeldes y á los generales usurpadores, se llegaría acaso á prevenir sus intenciones dando ciertas ventajas á los más ambiciosos ó á los más hábiles.

Diocleciano tuvo ese claro golpe de vista de las necesidades públicas, que en política revela al hombre superior. El primero de mayo de 285 invistió de la púrpura, no á un deudo suyo sino á un compañero de armas, á Maximiano; y en esta ocasión, tomó él también un nombre nuevo, *Jovio*, que podría traducirse por «consagrado á Júpiter.» Tenía, en efecto, una devoción particular á este dios cuyo nombre iniciaba el suyo (4); puso su imagen en las monedas y su estatua en la columna á cuyo pie investirá á Galerio de las insignias imperiales; le erigió un templo en su palacio de Salona, y se propuso representar en las ceremonias públicas su tranquila majestad. A Maximiano, á quien adoptó por hijo, dió el nombre de Hércules en recuerdo de la asistencia prestada por el hijo de Alcmena á su padre, el soberano del Olimpo, en la guerra de los gigantes. Estas denominaciones estaban bien elegidas para caracterizar el papel reservado á los dos príncipes: el uno que debía ser el pensamiento que concibe; el otro la fuerza que ejecuta. Maximiano no estaba proclamado Augusto; su título de César indicaba un grado de subordinación y el sobrenombre que había aceptado le imponía el deber de la obediencia filial.

Desde Claudio II, la Iliria, la región del imperio en que se daban más combates, estaba en aptitud de suministrar emperadores, como España, Galia, Africa y Siria los habían dado sucesivamente. Maximiano era hijo de un colono de Panonia, que vivía en tierra de Sirmio. Bravo soldado y general experto, pero de costumbres rudas y de inteligencia inculta hasta el punto de no conocer, habiendo servido en Cartago, ni á Aníbal ni á Escipión, ni el hecho de Zama,

(3) Cuando Caro nombró Césares á sus dos hijos y confió al mayor el gobierno de las provincias occidentales, mientras llevaba consigo á Oriente al menor, practicaba ya el sistema de Diocleciano, con la diferencia, favorable para éste, de que no teniendo hijos, elegiría los Césares entre sus más hábiles tenientes.

(4) *Dios* es el genitivo de *Zeus*, el Júpiter griego. Diocleciano habría visto en este encuentro fortuito un signo que lo consagraba al culto del dios.

se sentía inferior á Diocleciano y no se creía deprimido. El emperador pues se había elegido, menos un colega que un teniente dócil.

Caro había tomado á Tesifonte; pero los persas la recobraron muy luego; de modo que Roma tenía una victoria más, pero no un enemigo menos. Retenido en Asia por la actitud hostil de este pueblo, encargó Diocleciano al César que fuera á restablecer el orden á la Galia y la seguridad en las fronteras occidentales.

El Sena y el Marne forman en su confluencia una península, que los bagaudos habían cortado con amplios fosos (*Saint Maur les Fossés*): era su fortaleza y su campamento de refugio: allí acumulaban el fruto de sus rapiñas y se creían allí inexpugnables. Pero sus bandas mal armadas y



Diocleciano con el nombre de *Jovio* (Medallón de bronce)

peor disciplinadas no hicieron frente á las legiones, y en algunas semanas, rechazada aquella *jaquería* hacia el campamento de San Mauro, allí mismo fué sofocada.

La pacificación de la Galia valió al César el título de Augusto (286). Diocleciano no había querido correr el riesgo de que el ejército victorioso diera á su jefe la dignidad suprema haciendo de él un rebelde. Pero á esta elevación puso la condición expresa de que Maximiano Hércules pondría la púrpura cuando él mismo diera el ejemplo: un solemne juramento ante el altar de Júpiter consagró este compromiso.

El nuevo Augusto tenía ya, como César, el poder tribunicio y proconsular, y recibió el título de pontífice máximo que no se había compartido más que una vez entre Pupieno y Balbino. Tuvo su prefecto del pretorio, su ejército, su tesoro y promulgó rescriptos ejecutorios en todas partes, aunque no estuviera encargado más que de las provincias occidentales. La unidad del imperio se mantenía por la deferencia que Maximiano había prometido á su colega; y estaba atestiguada á los ojos de todos por la unidad de la legislación, expidiéndose los edictos á nombre de los dos príncipes, y por la unidad de la moneda, que era la misma desde las orillas del Eufrates á las del Rin. Las inscripciones conmemorativas de las obras públicas ejecutadas por uno de ellos llevaban los nombres de los dos; en una palabra, la administración estaba dividida, pero no el gobierno: Diocleciano sólo tenía las riendas en la mano. En los documentos públicos su nombre precedía al de Maximiano, como más tarde Constancio será siempre nombrado antes que Galerio.

Este orden invariable prueba que en el sistema de Diocleciano se reservaba siempre cierta preeminencia al primer Augusto.

Para la expedición contra los bagaudos los puertos del Rin fueron desguarnecidos. Los germanos quisieron lograr la ocasión; los hérulos y chaviones por el Norte y los burgundos y alamanos por el Sud pasaron el río; pero llegaron á destiempo, pues ya Maximiano había conducido sus tro-

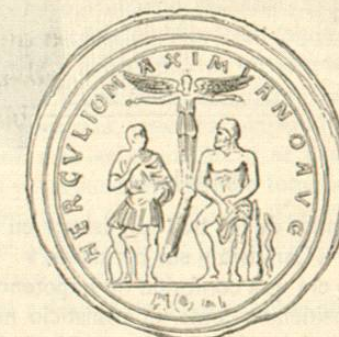
pas á Maguncia y desde esta fuerte posición observaba los movimientos de los bárbaros. Los burgundos y alamanos le parecieron demasiado numerosos para atacarlos de frente, y los dejó penetrar en las provincias desoladas, donde el hambre y las enfermedades los diezmaron: cuando disminuidas sus bandas reaparecieron á su alcance, entonces les dió el ataque y buena cuenta de ellos.

Menos peligrosos los hérulos, fueron atajados desde los primeros pasos, y arrojados á la otra parte del río. No eran victorias gloriosas; pero importaban poco las ruinas hechas por los bárbaros; bastaba entonces á la dignidad romana que el emperador pudiera decir: «El enemigo no está ya en el imperio.»

Tréveris había venido á ser la Roma de las Galias. Tenía un palacio para el príncipe, almacenes y manufacturas para los ejércitos, un circo y un foro para el pueblo. En las calendas de enero de 288, el estímulo de una gran fiesta había atraído innúmero gentío: Maximiano tomaba por segunda vez las fasces consulares. Según el uso, iba á dirigir una arenga á la asamblea cuando de pronto se oyó gran clamoreo por la parte de las murallas. «¡Los bárbaros están á las puertas!»

Despojándose de la toga consular, tomó el emperador sus armas y corrió al enemigo. Unos jinetes germanos se habían deslizado entre los puestos legionarios y andaban al pillaje (1): tal era la vida en aquella frontera.

Para dar caza á los piratas sajones y francos que devastaban las costas de la Bretaña y la Galia, había reunido en Buloña, al mando de uno de sus tenientes, el menapio Carausio, una flota que debía cerrar el estrecho. Este Carausio, antiguo remero en la chusma de las galeras imperiales, no había levantado sus sentimientos con su fortuna, y se arregló para entrar á la parte con los merodeadores, que eran compatriotas suyos. Estos pasaban libremente, pero á la vuelta eran detenidos y obligados á compartir el botín con el almirante. Con esto, recogió bastante oro para com-



Maximiano Hércules (Reverso del mismo medallón)

prar á sus oficiales y tripulantes, y cuando Maximiano pronunció contra él sentencia de muerte, no hubo quien se encargara de ejecutarla.

Carausio se puso fuera de alcance, y arribando á la Bretaña, donde desembarcó las tropas, tomó el título de Augusto (287).

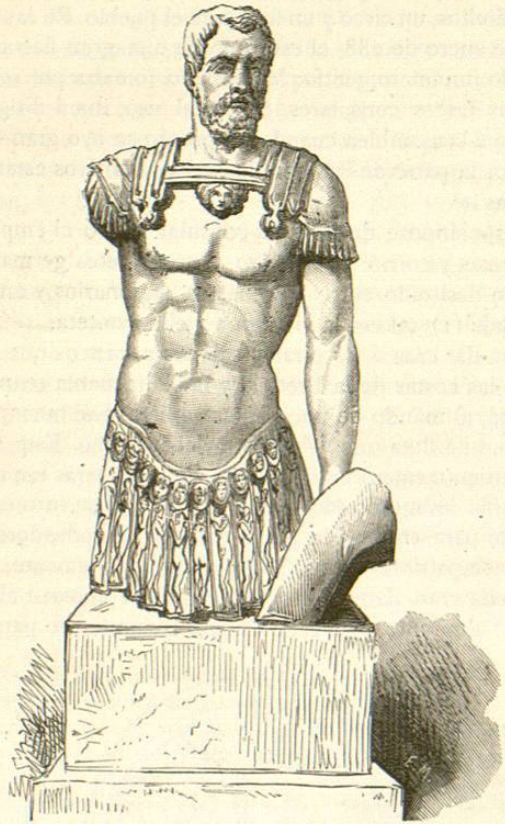
Con notable inteligencia de los recursos que le ofrecía la posesión de la isla, organizó una marina poderosa que hizo respetar su bandera hasta las columnas de Hércules; y su alianza con los sajones y los francos aseguró el reclutamiento de su ejército de mar y tierra. Muchas ciudades del litoral gálico conservaron sus antiguas y provechosas rela-

(1) O alguna banda alamánica, perdidos ó rezagados de la última invasión que se le habían escapado á Maximiano.

ciones de comercio con la Bretaña, y hasta Buloña quedó en su poder.

Carausio era pues dueño de su isla y de la mar y Maximiano no podía hacer nada contra él. Hizo sin embargo una tentativa para disputarle una cosa u otra. En efecto, hizo construir una flota en las embocaduras de los ríos gálicos, y en la fiesta de las Palilias (21 abril 289), el panegirista oficial celebró en Tréveris la próxima caída del jefe de los piratas.

Se ignoran los pormenores de esta lucha, pero se sabe que el famoso *pirata* pasó á ser emperador legítimo, en virtud de un tratado que le reconocía el título de Augusto y le dejaba el reino que él se había creado (290). Los monetarios bretones fabricaron moneda con la efigie de Hé-



Maximiano (1)

cules «conservador de los tres Augustos;» en otras se leen estas palabras: «Carausio y sus hermanos.»

Este tratado era una confesión de impotencia; pero Diocleciano la consideraba como un armisticio necesario para esperar días propicios. No quería que Maximiano desviara su atención ni sus fuerzas de la Germania; él mismo había tenido que pasar á Siria para vigilar á Egipto, donde la turbulenta Alejandría inspiraba serias inquietudes, y á los persas, cuyo valor había reanimado la muerte de Caro. La prolongada residencia del emperador y de un respetable ejército tan cerca de la frontera pérsica, y una guerra civil suscitada por un competidor, decidieron al rey Bahrán á evitar toda complicación con los romanos. Sus embajadores salieron á recibir á Diocleciano cuando se acercó al Eufrates, solicitando su amistad y ofreciéndole presentes de parte de su amo y señor.

El emperador no quería más por el momento, preocupado como estaba de asunto más importante para la seguridad del imperio que una nueva victoria sobre gentes incoer-

(1) Media figura de mármol; resto de una estatua encontrada en el capital de la Carintia.

cibles, por decirlo así. Veinte años hacía que la Armenia era una provincia de Persia, y desde Augusto, y aun desde Pompeyo, la política tradicional de los romanos había sido retener este país bajo su influencia. Un heredero de la corona de Armenia, Tirídates, vivía en la corte imperial, donde con su amable trato se había granjeado el afecto de los principales personajes, y con su valor, fuerza y habilidad en todos los ejercicios la estimación y el respeto de los militares.

Este príncipe era un instrumento precioso para la ejecución de un designio que el espectáculo de la anarquía que reinaba en Persia había hecho nacer en el ánimo de Diocleciano. Entregada á todos los males de una dominación extranjera, la Armenia había sido vulnerada en sus creencias y en su patriotismo: las estatuas de sus reyes estaban rotas, los objetos de su culto profanados y su nobleza excluida de los cargos públicos: un odio violento hervía en todos los corazones.

Todo estaba dispuesto para una revolución, y las turbaciones de la Persia prometían un buen éxito. Tirídates partió con las instrucciones y los votos de Diocleciano, pero sin asistencia ostensible. Era innecesaria, y además hubiera sido una violación de la amistad recién prometida al rey Bahrán.

En cuanto el pretendiente apareció, se produjeron las defecciones por todas partes. Tirídates subió al trono de sus padres y guardó para Roma aquella gran fortaleza de la Armenia, que protegía contra los persas el Asia Menor y una parte de las provincias sirias (287).

Esta victoria sin sangre ni lágrimas, ganada por la política, era un importante triunfo; y para evitar toda reclamación del gran rey, se había alejado de la Siria Diocleciano antes de la partida de Tirídates. Un rescripto lo presenta en Tracia á mediados de octubre de 286 (2); de allí pasó á Panonia en cuyo territorio causaban estragos hordas sármatas, y luego á la Recia, donde era bueno ostentar las águilas romanas.

A ejemplo de los grandes emperadores, visitaba las fronteras á fin de llevar á ellas la seguridad con el respeto del nombre romano; y en todas partes levantaba la línea de defensas que se habían hundido al paso de los bárbaros.

Maximiano había salido de la Galia á recibir á su colega: en la conferencia que tuvieron, se decidieron sin duda contra Carausio las medidas que el hábil usurpador supo burlar el año siguiente. Los documentos raros y confusos de aquella época no permiten reconstituir su vida (3); estamos reducidos á recoger de los panegíricos ó de los libelos, dos fuentes bien turbias, por desgracia, hechos aislados, sin poder establecer entre ellos ese enlace ó trabazón de causas y efectos que forma la sólida trama de la historia.

Los rescriptos de los emperadores muestran muy bien las ciudades en que residían al escribirlos; pero no dicen el interés que los hubiera llamado á aquellos lugares; ni se consigue sospecharlo, como no sea confrontando fechas inscritas en estos decretos con una leyenda de moneda ó alguna que otra palabra deslizada por los malos escritores

(2) Mommsen, *Ueber die Zeitfolge der in aen Rechtsbuchern enthaltenen Verordnungen Diocletians*, en las Memorias de la Academia de Ciencias de Berlín, 1860, p. 349-447. Tillemont había comenzado ya este trabajo en el curso de su erudita historia y Godefroy ha dado una Cronología de las leyes del Cód. Teodos. I, 5-214.

(3) Aur. Victor, Eutrop. y Zonar. no consagran más que algunas líneas al reinado de Diocleciano y apenas queda más que aprovechar de la mala retórica de los panegiristas ó de las elocuentes invectivas de Lactancio. Lo que Zósimo escribió sobre Diocleciano se ha perdido.

de la época. Así encontramos, en febrero de 291, á Maximiano en Reims, en Tréveris y en los países de los nervos, donde continuando la enojosa política de Augusto y de Tiberio, establecía como colonos prisioneros francos. En enero de 290, Diocleciano está en Sirmio, en febrero en Andrinópolis, en abril en Bizancio, y en mayo en Antioquía. Expulsa de la Siria á los sarracenos, que la habían entrado al pillaje, y volvemos á encontrarlo en Sirmio á mediados de julio. Era la actividad de César. No estamos habituados á reconocer esta diligencia, esta vida laboriosa, en el príncipe que estableció en la corte imperial la severa etiqueta cuya suprema expresión será la inmóvil majestad de los emperadores bizantinos.

Lo que llamaba á Diocleciano con tanta urgencia á orillas del Danubio, donde permaneció hasta fines de 290, era el gran movimiento de pueblos que agitaban la Germania. Sucedieron sangrientos combates: los godos se batían con los burgundos que les habían seguido al Este; los taifales y tervingios con los gépidos y vándalos. No se sabía lo que podía resultar de esta confusión. ¿Acaso una nueva invasión? Pero los emperadores vigilaban la frontera y nada ocurrió.

II.—LA TETRARQUÍA.

A principios del año 291, los dos Augustos atravesaron los Alpes en pleno invierno para celebrar nueva conferencia en Milán: Diocleciano tenía entre cejas el plan de una reorganización del Estado. La división del poder hecha en 286 no fué del todo eficaz, porque la parte de cada príncipe era aún demasiado grande para que la acción del gobierno fuera en todas partes ejecutiva y pronta.

Los peligros crecían: en el Oriente, iba á morir el pacífico Bahrán y los persas volverían á presentarse amenazadores; al Norte, los bárbaros empujaban hacia el Rin y el Danubio sus turbulentas tribus; chamavos y frisonos habían ocupado en las bocas del Rin la Batavia, dominio incierto de la tierra y del Océano, y posesión más incierta aún de los germanos y del imperio. En aquel momento todo el litoral del mar del Norte, desde el Mosa hasta Jutlandia, estaba rodeado de pueblos que recorrían el mar á caza de traficantes galos. En el interior, vastas provincias se desprendían del imperio: Egipto iba á elegir un emperador y Bretaña tenía ya el suyo, lo que significaba que en ambos países se aspiraba á la independencia, y los moros de Africa reclamaban su libertad con las armas en la mano.

Diocleciano juzgó útil completar su sistema político, y en su virtud decidió que los dos emperadores se asociaran con el título de Césares sendos lugartenientes, sus herederos necesarios. Esperaba que así estaría mejor guardado el imperio y las ambiciones subalternas más contenidas, quedando por este medio resuelta la grave cuestión de la sucesión imperial, sin que los soldados tuvieran ya que intervenir en negocio tan serio con sus antojos y exigencias. El primero de marzo de 293, Constancio y Galerio fueron proclamados Césares.

Teóricamente esta idea era feliz; con Diocleciano podía ser eficaz por la autoridad que le daba su prudencia, probada en diez años de triunfos y firme gobierno, y con razón celebraron los contemporáneos la unión que supo mantener entre príncipes de caracteres tan diferentes.

Pero en este sistema no se habían tenido en cuenta las rivalidades que inevitablemente surgirían después de él de la impaciente ambición de los mismos Césares y de los celos mutuos de los Augustos que habían de reemplazar á los fundadores de la tetrarquía.

Este plan tuvo la suerte de tantos otros proyectos inspirados por la sagacidad política y que la pasión ó circunstancias contrarias hicieron fracasar. Sin embargo, cuando se añade á esta reforma en la constitución del poder la que ha de hacer Diocleciano en la administración, habrá que reconocer en este príncipe una inteligencia superior y ponerlo en primera línea entre los emperadores romanos. El nombre de Carlomagno se hizo célebre, aunque también fracasara su obra; verdad es que duró más tiempo (1).

Galerio era un dacio, que en su juventud había guardado ganados, y cuya familia huyendo de la invasión de los carpos, hubo de refugiarse cerca de Sárdica (Sofía) en la Dacia de Aureliano. De pastor se hizo soldado y fué otro Maximiano, rudo y grosero, y como él también obediente y fiel, sin letras, pero no sin valor, de índole violenta y cruel, muy bueno en segunda fila, á condición de ser contenido, detestable en la primera (2).

Con Constancio, al contrario, reaparecían cualidades que desde muy larga fecha no se veían ya en los príncipes:



Gal. Valeria Augusta, Fl. Max. Teodora Aug., Constancio Cloro y Galerio Maximiano (Bus-
hija de Diocleciano y ra Aug., se-
mujer de Galerio (Mo- gunda mujer
neda de plata) de Constancio
dos)

costumbres elegantes y dulces, talento cultivado, carácter amable, y lo que importaba siempre en medio de aquellos advenedizos, nobleza de origen: su madre era sobrina de Claudio el Gótico y su padre oriundo de una antiquísima familia macedónica.

En el reinado de Aureliano, se había distinguido batiendo á los alamanos cerca de Windisch (274), y al parecer, el emperador Caro había pensado en adoptarlo. Por la palidez de su rostro, lo llamaron los griegos *Cloro* ó amarillo, y para ligarse á su raza, todos los emperadores, hasta Teodosio, tomaron este sobrenombre y se llamaron *Flavios*, como Severo y sus sucesores habían tomado el de los Antoninos. Nombrado César antes que Galerio, Constancio debía suceder al Augusto que primero desapareciera de la escena política ó del mundo.

Constancio y Galerio estaban casados; pero repudiaron

(1) Carlomagno hizo lo que Diocleciano, cuando dió á tres de sus hijos el título de reyes, pero subordinados á su voluntad superior. En la repartición de 817, los hijos de Luis el Bondadoso quedaron en la misma condición. Carlomagno organizó también su ejército según el principio romano de que el reclutamiento era un cargo de la propiedad. Como los romanos también, puso la conservación de caminos y puentes á cargo de los propietarios ribereños, los cuales debían proveer además á la subsistencia del príncipe y sus agentes cuando pasaban por sus tierras. Una de las prescripciones de Carlomagno á sus condes sobre la vigilancia fiscal es una frase de dos novelas de Justiniano (VIII, 8, y XVII, 5) y sus obispos fueron lo que habían sido para Constantino, funcionarios públicos. ¡Cuántas cosas romanas se encontrarían en la Edad media mirando bien!

(2) Los autores eclesiásticos acumularon contra Galerio todas las acusaciones; según ellos, no era sino un monstruo de vicios y crueldades. Eutropio habla de él en otro sentido: *vir et probe moratus et egregius in re militari* (X, 2). Como administrador, el imperio le debió una nueva provincia, la *Valeria*, que creó en la Panonia, descujando un bosque y haciendo correr al Danubio el lago Pello (Aurelio Víctor, *Ces.* 40.)